

Alberto Romero.

## UN EPISODIO GROTESCO

**C**OMO nunca falta «un roto para un descosido», quiso su buena estrella que cuando la arrojaron del burdel, por inservible, se hallara con aquel maestro carpintero que fué su admirador infortunado en los tiempos en que ella era la predilecta de los salones del barrio San Pablo.

La Luzmira, muchacha exuberante, alocada y sensual, llegó a ser lo que fué, por vocación, simplemente. Su existencia carecía de historia; su psicología, de complicaciones. Ella, al revés de lo que ocurre con la generalidad de las mujeres de su condición, no tuvo un novio que la arrojara al vicio, ni un amante que la indujera de mala manera a entregarse, ni una madre desnaturalizada que la explotare.

Nada de eso: La Luzmira amaba el placer, la bestialidad. Por eso fué la preferida en los salones. Por eso quemó su juventud demasiado pronto.

Díscola con los que no le caían en gracia, complaciente y desinteresada con aquellos hombres que podían aplacar sus apetitos de chica viciosa, la Luzmira no fingía, no hacía la comedia del amor.

Esta actitud, desusada en las mujeres de la vida, provocó no pocas dificultades a los dueños de casa. Pero la Luzmi sabía hacerse respetar, y no hubo recuerdo de que la impusieran trato con individuos de cualidades que ella consideraba esenciales para merecer su amistad.

El maestro Severino, al que conoció en los días de mayor esplendor, pertenecía a la categoría de los desheredados.

Taciturno, enclenque, con sus pretensiones de niño galante adquiridas en la escuela nocturna donde concurría con asiduidad, el pobre muchacho no logró captarse la estimación de esa estrella huraña del burdel.

La ofreció dinero y hasta un casorio formal, si se le daba la gana. Pero la Luzmi no aceptó nada, prefiriendo eclipsarse entre el montón de hombres odiosos, rudos, torvos que concurrían a los prostíbulos por donde ella peregrinó.

—¿Te acorday?

—Si, claro—añoró la Luzmira con humildad de vencida, sin atreverse a confesarle la razón del rechazo.

De la moza aguerrida, alborotadora y sensual no quedaba ni el menor rastro.

—Una hace leseras que da miedo y después se arrepiente—agregó, clavando en el hombre una mirada opaca.

Algunas tardes don Severino y la Luzmi se encontraron al azar de sus correrías. Hacían recuerdos. El no tuvo suerte. Enviudó; se fué al Norte. Allá perdió el dinero que había economizado, y se dió a la bebida.

Ahora, frente a la Luzmira, el recuerdo del goce vedado despertaba un indefinible sentimiento de atracción.

—Se nos pasó el tiempo de hacer niñerías; pero pa salvarse nunca es tarde, digo yo—exclamó el maestro, acogiéndola, sin más ni más, en el cuartito donde tenía instalado su taller y una cama.

Don Severo, como llamaban al maestro los del vecindario, aludiendo a su taciturnidad, a sus manías de solitario, pensó desquitarse del pasado, brindándole hospitalidad a la mujer que perturbó su imaginación de muchacho apocado, débil y un si es no es de pretencioso.

Pero esto no pasó de ser un buen deseo.

—Harto que la hemos corrió, también,—suspiró aquella noche la Luzmi para justificar las deficiencias del pobre maestro.

—Y los años—agregó don Severo, con sincera humildad.

Tres años vivieron juntos ella y él.

La Luzmi, después de un tiempo de honesta reclusión, dió en irse a la calle las tardes enteras, y don Severo, para matar la aprensión, se metía en alguna taberna para beber su litriado áspero con los amigos.

Escuchando el piano eléctrico, fumando cigarrillos, se quedaba hasta la media noche acodado junto a la mesa grasienta.

El tumulto del bar, el vino, los cigarrillos aplacaban su inquietud, comunicándole una embriaguez comprensiva.

—La cabra tira al monte y uno al fin se pone viejo,—pensaba cuando alguna pareja de las que iban al bar le traían el recuerdo de su desgracia.

Don Severo tenía la convicción de que su amiga no le era fiel. Pero ¡qué hacerle! La quería así, y como hay muchas maneras de querer, don Severo se resignó a mantenerla bajo su techo, a tolerarla como se tolera un mueble o un objeto con el que uno se familiariza hasta parecerle imprescindible su presencia.

—Habiendo decencia, lo otro no importa nada—reflexionaba el bondadoso carpintero.

En esa atmósfera de mutua comprensión, la existencia se deslizaba, gota a gota, con lentitud.

El maestro cogía sus borracheras con un estoicismo ejemplar. Nunca un grito, ni un reproche, ni menos un ademán violento.

Cuando lo echaban del bar, se iba a su cuarto con la compostura del buen ciudadano que ha cumplido un deber patriótico.

La Luzmi, al ruido de la cerradura, ganábase del

lado de la pared, cediéndole su parte de lecho para que él reposara su borrachera digna y dolorosa.

El roce con el cuerpo tibio de la amiga jugaba un papel importantísimo en los hábitos del maestro.

De naturaleza precaria, don Severo experimentaba una intensa sensación de bienestar al estirarse sobre aquel colchón caliente y muelle que reparaba su cansancio de hombre desdichado.

Muchas veces, en el curso de esos tres años de amistad tolerante, don Severo pensó con angustia en lo que sería de él el día que le faltara la Luzmi.

—Vivir como un huacho ¡bah!—decía con dejo amargo.

La Luzmi en ese tiempo no excedió el margen de libertad que le concediera el maestro, ni dió pávulo a las habladuras del vecindario.

Junto al piano eléctrico, don Severo aturdía su pena bebe que te bebe, fuma que te fuma.

—Y la señora, ¿qué dice? preguntaban los amigos.

—¿Ella? ta bien—era la respuesta invariable que formulaba el hombrecito, dibujando con las manos una rúbrica temblorosa.

Sufriendo, pero tranquilo, el maestro iba viviendo un día y otro, sin mayor novedad.

Una noche, el «Mandinga», un tuerto de alma ponzoñosa que llegó al bar con uno de los del grupo de Severino, hizo una alusión a la Luzmi.

Don Severo se mordió las guías del bigote y bebió su litriado en silencio.

De vuelta, en casa, perdió la placidez. En el cuartucho hubo gritos, recriminaciones.

—Cuando andan con esas cosas es porque too el mundo sabe que vos seguís en las andadas, Luzmi. . .

—Y que querís que sepan. . .

El maestro se contuvo, sin atreverse a mirar dentro de la llaga que laceraba su existencia.

Salió a la calle, a caminar sin rumbo.

El vino malo y la vergüenza fueron infiltrándole un veneno lento que se le escurría hasta el fondo del alma.

Con la voluntad rota, pasábase las horas sentado frente al banco de trabajo.

—Ni que fuerai millonario—objetó la Luzmi, con inquietud, tratando de que él reaccionara.

Pero fué inútil.

—Que se amuele; que más le hace una—dijo, malhumorada la Luzmi.

A la amiga, que unos días se estuvo sin salir del cuarto por complacerlo, la cogió el aburrimiento, la nostalgia.

Y se lanzó por ahí, a vagabundear con los amigos, sin el menor miramiento.

Don Severo, metió sus herramientas en una casa de empeños y tomó la calle, dispuesto a correrla en grande.

Una mañana despertó en la Comisaría.

—Confíesela, amigo, mire que lo va a pasar mal si no dice la verdad.

El pobre don Severo se llevó las manos a la cabeza y como un idiota se echó a llorar.

Entre una serie de impresiones inconexas que se le agolpaban en el cerebro, recordó... Pero ¡qué imbecilidad, Dios mío!

Estaba borracho, atrocemente borracho, cuando en un momento dado se abrió la puerta del bar para dar paso a una pareja que solía frecuentar el establecimiento.

El no supo lo que hacía ni cómo sucedió aquéllo. El piano eléctrico dejó de sonar, de eso si que se acordaba perfectamente; como se acordaba de cuando en medio de un silencio que a él le pareció monstruoso, glugluteó la sangre escurriéndose por entre los pliegues del camisón que cubría el opulento seno de su víctima. Y recordaba que lo arrastraron fuera, a punta-piés.

—¿Y quién era ella?

—Quien sabe ¡una mujer!—sollozó don Severo a un lado y otro con sus ojitos turbios de borracho.

—¿Usted no la conocía?

—¡No, señor!

—¿Y por qué la a...se...si...nó, si no la conocía de antes?

El pobre don Severo no supo explicarse el por qué de aquello. Tampoco se lo explicarían los jueces ni nadie.

—Matar así a una desconocida, qué atrocidad. A una desconocida, roto animal! subrayó el Comisario.

—Y él, un hombre bueno, diga usted, anotó uno de los testigos.

Como el caso era demasiado obscuro, el magistrado no pudo fallar en justicia.

Por eso don Severo, el tímido y absurdo don Severo, fué condenado a diez años de presidio y perdió el derecho a ocupar cargos públicos durante el resto de su vida...

Una persona incapaz de aplastar una mosca, ya ve, y acriminarse con una desconocida, con una cualquiera.

Que cosa más grotesca.